
LA ILUSIÓN DE UN SUEÑO

En mi hogar, la colmena, todo está en funcionamiento y todas trabajamos para nuestra reina. Unas son constructoras, otras son cuidadoras, algunas son limpiadoras y mi trabajo favorito, recolectoras. Pero a mí no me dejan hacer nada, dicen que soy lenta y torpe, porque de pequeña caí de una flor jugando. Sí, soy una abeja, pero todas aquí hacen que no me sienta una de ellas. Hasta que un día decidí demostrar que era totalmente capaz de hacer lo que me propusiera.

Un día como otro cualquiera desperté con ganas de aprender y ayudar, aunque como siempre todo el mundo me decía: “tienes el ala rota, deja que nos encarguemos nosotras”. Poco a poco aprendí que había muchas maneras de hacer los trabajos de la colmena. Empecé como cuidadora, las crías no se mueven mucho y, como yo, no pueden volar. A pesar de que por fin podía hacer algo, solo podía pensar en cómo sería cumplir mi sueño de ser recolectora mientras veía como las abejas salían de la colmena a por más polen.

Después de un duro trabajo, mientras todos dormían, tuve una gran idea. Todos los días veía a las abejas constructoras reparar la colmena con una sustancia que con el paso del tiempo se endurecía. Tomé un poco, a pesar de que nadie hubiera pensado emplearla para este tipo de fines, y reconstruí mi pequeña ala. Quedaba diferente a las demás alas pero por fin, después de mucho tiempo, tenía esperanza.

A la mañana siguiente, cuando todo el mundo estaba volviendo al trabajo, era el momento de enseñar a todos lo que era capaz de hacer. A pesar de que mi ala era diferente a las demás sabía que podía hacerlo. Entonces reuní a todas las abejas a la puerta de la colmena. Vino hasta nuestra reina, que me había dicho que si funcionaba sería lo que siempre había soñado. Tenía tanto miedo que cerré los ojos y con un atisbo de esperanza me precipite al vacío y cuando los abrí, me di cuenta de que mis pies no tocaban el suelo.

Y así es como me convertí en lo que siempre había soñado: una gran abeja recolectora.